

DAVID ANISI

Los papeles sucios y el metal redondo

HACE algún tiempo, en TVE, *La Trinca* jugaba con la idea de que los billetes de diez mil pesetas son simplemente propaganda monárquica. Y desde luego, alguna sensación extraña tiene que provocarles a los miembros de las familias reales cancelar sus pequeñas deudas con papelillos de colores o rodajitas de metal donde figuran los rostros de ellos mismos, del esposo, el hijo, del padre, del hermano...

Pero la idea de *La Trinca*, profundamente ingeniosa y lúdica, tiene una base voluntariamente endeble. La auténtica propaganda monárquica se da en aquellas monedas de oro o plata en las que, para deleite de acaudalados y coleccionistas, y con el pretexto de algún acontecimiento o conmemoración, aparece la efigie del rey, del príncipe heredero, de un cetro o una corona.

En estos casos, excepto para el coleccionista de singularidades, el valor de la moneda está en su peso de oro o plata, y poco importa que los cuños representen a un ciervo o a un castor, a un panadero o un cervicero, a un león rampante o un látigo de esclavos, Afrodita o Marte.

En cualquier sitio donde se valore el oro o la plata esas monedas se aceptarán. A cambio de ellas podrás satisfacer parte de tus deseos; podrás obtener todo lo que con ellas puedas comprar; podrás cambiar el mundo hasta el punto en que éste se deje transformar por ti.

El sello del Gran Khan

Pero ese no es nuestro dinero habitual. Conozco poca gente que lleve en sus bolsillos, o mantenga en sus arcas secretas, monedas de oro o plata. Casi todos llevamos o tenemos simplemente *dinero*. Y nuestro dinero es sólo en buena medida el sello del Gran Khan que te permite dar órdenes. Órdenes aceptadas por el miedo al Gran Khan que te respalda; órdenes que, por su origen, serán necesariamente órdenes delegadas.

Eso es lo que hay detrás de aquello donde los *papalái* ven papeles sucios y metal redondo.

Hubo una vez un Gran Khan poderoso y terrible cuya sola presencia hacía temblar a los súbditos. Su imperio llegó a ser tan extenso y complejo que le imposibilitaba dar personalmente todas las órdenes que el buen gobierno requería. Y comenzó a delegar poder haciendo que otros dieran por él las órdenes necesarias; y para que se les obedeciese les entregó un documento con su sello. El portador de ese documento podía hacer lo que le viniera en gana, pues con sólo presentarlo, todos los demás, con sus riquezas y haciendas, quedaban inmediatamente puestos a su servicio.

La cosa funcionó al principio, y funcionó tan bien que el Gran Khan comenzó a delegar más y más poderes otorgando a más y más individuos el documento con su sello. Todo empezó a complicarse un día en que uno de los ya numerosos portadores del sello acudió a una mansión y dijo al dueño: "En nombre del Gran Khan te ordeno que me des apuesto, comida y diversión por esta noche a mí y a mi séquito. Aquí tienes el sello que te obliga a obedecerme". Y el dueño de la mansión le respondió: "En nom-



bre del Gran Khan te ordeno que salgas inmediatamente de mi casa arrastrando la lengua por el suelo. Aquí tienes el sello que te obliga a obedecerme".

Cuando el primero de los enviados contó al Gran Khan su conflicto, éste le dijo: "No te preocupes que no te volverá a suceder, trae el documento que te voy a poner un sello más. Toda persona te obedecerá, incluso mis otros enviados, al ver que eres portador de dos sellos".

Pero sólo fue una solución momentánea. Otros enviados llegaron con el mismo problema y el Gran Khan puso dos sellos en innumerables documentos. Y cuando alguno de los portadores de dos sellos entraron en conflicto, el Gran Khan hizo documentos con tres sellos, y luego con cuatro y con cinco... y con diez, y con cien...

Cuando llegó a ser habitual que los grandes funcionarios anduvieran por el mundo con documentos de diez mil sellos, aquellos que sólo tenían uno apenas podían conseguir que alguien les cediera una manzana: "Mira mi sello del Gran Khan y dame una manzana, es una orden" a lo que el ordenado le contestó: "Te daré dos manzanas si me cedes el

sello". El misero funcionario aceptó y aquel otro individuo que en su vida había ni siquiera tocado documentos tan valiosos se precipitó hacia su vecino y le dijo: "Mira, tengo un sello del Gran Khan, dame una jarra de cerveza", a lo que el otro le contestó: "Te doy dos si me cedes el sello del Gran Khan".

Los portadores de papeles

Ese fue el comienzo de la transformación de una sociedad basada en el mandato en otra sociedad monetarizada basada en el mercado. Dos jarras de cerveza eran un sello del Gran Khan, una piara de cerdos, quinientos sellos, y así sucesivamente. El Gran Khan, harto de pasarse las noches en vela sellando una y otra vez los inmensos documentos, decidió convertirlos en unos papelitos mucho más pequeños donde se decía: "el portador de este papel tiene diez mil sellos del Gran Khan, éste otro cinco mil...", se montó una imprenta y volvió a disfrutar de sus tiernas noches.

La gente conseguía cosas a cambio de papelitos y nadie podía negarse a aceptarlos puesto que, en definitiva, seguían siendo órdenes del Gran Khan; la gente

trabajaba a cambio de papelitos y nadie podía negarse porque ahí estaba el poder del Gran Khan para hacer valer el peso de sus órdenes.

Tanto se acostumbraron los habitantes de aquel imperio a los papeles del Gran Khan que alguno estuvo a punto de pasar un mal trago cuando, viajando de turista el Gran Principado, pretendió pagar los servicios completos de una posadera con un flamante papelito del Gran Khan. "¿Y esto qué es?", preguntó ella. "Una orden del Gran Khan cuya efigie aquí". "Ese es un mamarracho -se burló la otra- aquí quien cuenta es nuestro Gran Príncipe y su firma real en estos auténticos billetes".

Pero, al final, viendo la conveniencia recíproca y sabiendo que en el país del Gran Khan había cosas extrañas y deseables que sólo con sus sellos podían obtenerse, ofreció cambiar el billete de los cien sellos del Gran Khan por dos billetes de diez pelucones con la firma del Gran Príncipe. Fue el primer tipo de cambio que se fijó: un pelucón, cinco sellos.

Dado que a veces resultaba engorroso, y también peligroso, andar por ahí cargado de sellos del Gran Khan, que las altas per-

sonalidades manejaban muchos sellos que, o bien se llevaban en pequeñas carteras con veinte documentos de diez mil sellos cada uno, con lo que su dignidad se hería al no poder obtener pequeños servicios al no disponer de cambio, o que se debían portar en enormes bolsos llenos de billetes de menos sellos, el Gran Khan habilitó un procedimiento más simple.

Se trataba de una tablilla con el nombre del dignatario, una copia en relieve del sello original del Gran Khan y, como las fidelidades no son eternas ni tampoco permanentes los servicios prestados, un cierto periodo de validez.

De esta forma, al desear cualquier cosa, bastaba con escribir en un papel normal la cantidad exacta de sellos necesarios y -ras, ras- imprimir sobre ese papel el sello que figuraba en la tablilla.

De la tablilla a la tarjeta

Y al final, cuando se implantaron las nuevas tecnologías -que no están en absoluto renidas con el orden imperial- los contables del Gran Khan fueron sustituidos por un flamante ordenador y las tablillas por unas tarjetas con banda magnética.

Cualquier servidor del Gran Khan tenía su tarjeta y el volumen de recursos que podía manejar era proporcional a los servicios prestados. Con el paso del tiempo se unieron los ordenadores de algunos imperios y la tarjeta seguía siendo válida siempre que te encontraras en el área de influencia de unos u otros. También con el paso del tiempo la gente se olvidó de que si su tarjeta resultaba operativa era porque, en definitiva, algún servicio se estaba prestando al Gran Khan y que, por muy importante que asimismo se pareciera, su órdenes seguían siendo órdenes delegadas.

Los impulsos electrónicos habían sustituido a los sellos del Gran Khan.

Cuando le cuento estas cosas al pequeño extraterrestre con el que vivo, se dirige enseguida hacia una vieja plancha de carbón en la que guarda sus tesoros. Allí tiene liras turcas, dinares tunecinos, pesos mexicanos, rublos soviéticos... Le voy explicando cuántos son los grandes khanes respectivos y sus historias hasta que me quedo exhausto.

"O sea -concluye- que el que tiene mucho dinero es porque es muy obediente y útil a su Khan." "Claro -le respondo- o también porque quizá él mismo haya llegado a ser un khan. O un khani-to."

"Pero a la gente -insiste- le resulta también útil a la gente?" "No tiene por qué basta con que le resulte útil al Khan."

Me enseña un dólar sucio y arrugado y yo le cuento una historia inventada sobre todos aquellos por cuyas manos pasó. "¿Y qué pone ahí en ese idioma extranjero?" -pregunta.

Me siento avergonzado cuando le digo: "Ahí pone *confiamos en Dios*".

David Anisi es profesor de Teoría Económica en la Universidad Autónoma de Madrid y autor de *La macroeconomía postkeynesiana y Trabajar sin red*.